

15. La obra de Dios

San Gregorio Magno, en una homilía sobre el profeta Ezequiel, dice una cosa bellísima: “La obra de Dios es atraer hacia sí a las almas que ha creado y llamarlas a las alegrías de la luz eterna - *Opus Dei est animas quas creavit colligere, et ad æternæ lucis gaudia revocare*” (Homilías sobre Ezequiel, Lib. 2, Hom. 4,20).

La obra de Dios es recoger para sí nuestras vidas hechas para Él, atrayéndolas con la belleza gozosa de la luz eterna, es decir, con la luz de su Rostro. La obra de Dios es, en el fondo, la misericordia de un abrazo ya abierto para acogernos en el corazón de su Padre. La obra de Dios es como el padre del cuadro de Van Gogh, que abandona todo otro trabajo para ocuparse sólo de extender los brazos y sonreír a su hijo para que venga a él. Como el Creador que, tras seis días de creación, se detiene después de la creación del hombre y la mujer para concentrarse en su relación de amor con ellos (cf. Gn 1,26-2,3). Jesús vino a hacer esta obra, a servir a esta obra del Padre, a encarnar, es decir, a hacer visible y perceptible en el tiempo esta atracción de Dios que da sentido y plenitud a la vida de cada hombre.

Y cada uno de nosotros está llamado a cooperar con Dios en esta obra, para sí mismo y para todos. Se coopera con Dios para todos si se coopera ante todo para uno mismo. Quien se deja atraer a la comunión con Dios, quien se deja atraer a la unidad con Aquel que nos hace, participa en la obra de Dios que atrae hacia Él todas las almas, todos los corazones.

Este trabajo personal por todos anima a la Iglesia, es la naturaleza y la misión de la Iglesia. Una comunidad está viva si en ella y por ella se coopera a la atracción de Dios encarnado en Cristo, manifestado en el rostro de Cristo y destinado a todas las almas creadas por Dios. La misión de cada uno en la Iglesia, la misión de la Iglesia en cada uno, es la atracción de Dios que nos reúne, que nos atrae, para hacernos uno con Él. Esta atracción, que uniéndonos a Dios nos hace partícipes de la alegría luminosa de su eternidad, es la belleza de Dios, la belleza de su amor, de su infinita misericordia.

Esta obra, Jesús la encarnó hasta la muerte en la Cruz: “Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir”. (Jn 12,32-33)

Ponernos a disposición de esta obra de Dios que se realiza en la atracción de Cristo crucificado, para que todos los hombres se reúnan en comunión con el Padre, en la alegría del Espíritu, es el compromiso misionero más urgente, apropiado y responsable que podemos ofrecer al mundo. Los problemas del mundo, las tragedias del mundo, sólo pueden encontrar salvación si, a través de nosotros, Cristo puede venir y atraernos hacia sí, hacia el Padre. Hemos sido creados para esto, y todos los hombres, todas las almas, incluso las de los peores enemigos de la humanidad –de su humanidad y de la de los demás–, no pueden encontrar la salvación y la plenitud más que en el camino trazado por la atracción de Dios hacia el corazón humano. Esta conciencia de fe, que Cristo proclama y nos da, es la que transforma nuestra vida y, por tanto, nuestro modo de vivir el tiempo.

En el Salmo 129 leemos: “mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora; porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa”. (Sal 129,6-7)

Los centinelas durante la noche esperan el amanecer, esperan la mañana. Es decir, viven el tiempo esperando otro tiempo, viven un momento esperando otro momento. Viven esperando un tiempo mejor que el que están viviendo. Israel, en cambio, es educado para esperar a Alguien, para esperar al Señor, y esto lo cambia todo. El tiempo ya no sólo espera más tiempo, el tiempo ya no sólo se espera a sí mismo: espera lo eterno. Esperar lo eterno dentro del tiempo. Esperar dentro del tiempo, pero a Alguien que es eterno, sino el encuentro con lo Eterno. El tiempo podría seguir siendo como es, agotador, doloroso y mortal como es, pero se convierte en el espacio de una relación, de un encuentro, de una presencia eterna, infinita. Y esto lo cambia todo, como atestiguan los santos, los mártires y tantos testigos a nuestro alrededor y entre nosotros.

Esta posición del corazón, que no espera otro tiempo que la venida del Señor, hace libres. La libertad cristiana, la libertad de la fe, es precisamente la reverberación en el tiempo de la espera del Eterno. Porque esta espera llena de esperanza nos libera de la dictadura que nos imponemos a nosotros mismos y a los demás cuando nuestra felicidad sólo depende de lo que se nos escapa, de lo que pasa, o de lo que pasará en un instante, aunque podamos asirlo.

Sólo la relación con el Eterno nos permite vivir en el tiempo con libertad, la libertad de un desprendimiento que nos da la capacidad de respetarlo todo, de dejar que todo sea y, por tanto, de amarlo todo sin condicionar nada con nuestros planes, nuestra pretensión, nuestra sed de posesión. San Martín de Tours, antes de morir, dijo: “Señor, si tu pueblo me sigue necesitando, no me negaré a trabajar: ¡que se haga tu voluntad!” Y su biógrafo comenta: “No tuvo miedo de morir ni se negó a vivir” (Sulpicio Severo, *Vida de san Martín*, Cartas, 3.11.14).

Ésta es la madurez de la libertad cristiana: libertad del miedo, del miedo a la muerte, pero también del miedo a la vida, miedo al esfuerzo por vivir, por servir, por dar la vida. Sólo una postura así contradice la cultura que domina hoy el mundo, la cultura que teme la muerte sin amar la vida, la cultura de la eutanasia y del aborto, del terrorismo, de la guerra, del individualismo, de la autorreferencialidad estéril.

Pero, precisamente, es una cuestión de libertad, una libertad que la venida de Cristo hace responsable. Todas las parábolas y todos los discursos de Jesús sobre la vigilancia cristiana hablan de una responsabilidad, de nuestra libertad provocada por el hecho de que Él viene, de que viene ahora, en esta hora, la hora que estamos viviendo. La esperanza en Cristo nos hace libres y responsables.